

que estaba poco dispuesta á la paz y no querian mortificar su vanidad. Con respecto á los navios tomados en Tolon y que ya estaban tripulados y armados á la inglesa, les parecia ignominioso restituirlos, y ofrecian en cambio una indemnizacion de doce millones de francos en dinero. La razon principal que daba Malmesbury á Maret era que no podia volver á presentarse en Londres despues de haberlo devuelto todo y no conservado nada para el pueblo ingles de unas conquistas que habia pagado con su sangre y sus tesoros, y para probar su sinceridad le manifestó todas las instrucciones secretas que habia dado á Mr. Ellis en que constaba el deseo que tenia Pitt de conseguir la paz; por consiguiente merecian tomarse en consideracion aquellas condiciones.

Sobrevino de pronto una circunstancia que dió mucha ventaja á los negociadores franceses, y fue que ademas de la reunion de las escuadras española, holandesa y francesa, la cual no dependia mas que de la primera tempestad que obligase al almirante Jervis á alejarse de Cadiz, amenazaba otro peligro á la Inglaterra con la separacion de su antiguo aliado Portugal, á quien las instancias y el temor de la Francia y de la España habian decidido á entrar en negociacion con aquella. La principal condicion del tratado le prohibia recibir mas de 6 navios armados á un tiempo, que perte-

neciesen á las potencias beligerantes, con lo cual perdia la Inglaterra su preciosa estacion en el Tajo. Este inesperado tratado puso en cierto modo en manos de Maret á los negociadores ingleses, y se principiaron á debatir las condiciones definitivas. No se les pudo arrancar la Trinidad, mas por lo respectivo al cabo de Buena Esperanza, que era el objeto mas importante, se convino por fin en que se restituiria á la Holanda, con la espresa condicion de que nunca se habia de aprovechar la Francia de su ascendiente sobre la Holanda para apoderarse de él; porque esto es lo que mas temia la Inglaterra interesándose menos en poseerle que en privarnos de él, y así se decidió la restitucion con la condicion espresada. En cuanto á Trinquemale, que tanto influia en la posesion de Ceylan, debian conservarle los Ingleses aunque bajo la apariencia de una alternativa, esto es, que habia de alternar una guarnicion holandesa con otra inglesa, pero desde luego se convino en que esta no fuese mas que una formalidad ilusoria, y que el puerto quedaria efectivamente para los Ingleses. Por lo que hace á la permuta de Cochin por Negapatnam insistian en ella los ingleses, pero sin que fuese una condicion *sine qua non*. Quedaban aceptados los doce millones por los navios cogidos en Tolon y en cuanto al título de rey de Francia se convino en que sin abdicarle formal-

mente, cesaria de tomarle el rey de Inglaterra.

Esta era la situacion en que se hallaban las pretensiones recíprocas de los negociadores, sin que Letourneur, que se habia quedado solo con Maret por haber sido nombrado Pleville ministro de la guerra, supiese una palabra de la negociacion secreta. Mr. Maret le indemnizaba de su nulidad cediéndole todos los honores esteriore y todos los actos de representacion, á que daba mucha importancia aquel hombre honrado pero de pocos alcances. De todos estos pormenores daba parte Maret al directorio y aguardaba su decision, pudiendo asegurarse que jamas habian estado la Francia y la Inglaterra tan próximas á reconciliarse; siendo igualmente evidente que esta negociacion de Lille era enteramente separada de la de Udina, y que la Inglaterra obraba por su lado, sin tratar de entenderse con el Austria.

No podia menos el directorio de ocuparse con preferencia de estas negociaciones, tanto mas cuanto la faccion realista solicitaba con furor la paz sin desealarla, y los constitucionales la pedian sinceramente aun á costa de algunos sacrificios, mientras que los republicanos querian que se hiciese sin ellos, y sobre todo que resaltase la gloria de la república. Hubieran deseado la completa emancipacion de la Italia y la restitution de las

colonias de nuestros aliados, aunque fuese á costa de una nueva campaña, y las opiniones de los cinco directores eran correspondientes á su respectiva situacion. Votaban Carnot y Barthelemy porque se aceptasen las condiciones del Austria y de la Inglaterra, mientras los otros tres directores sostenian la opinion contraria, y estas cuestiones acabaron de agriar á los dos partidos del directorio. Reconvino amargamente Barrás á Carnot por los preliminares de Leoben, cuya ratificacion habia apoyado este fuertemente, y usó de espresiones muy poco mesuradas, á proposito de las cuales dijo Carnot *que no se debia oprimir al Austria*, dando á entender que para que la paz fuese durable, debian ser moderadas las condiciones. Pero sus cólegas tomaron muy á mal aquella espresion y Rewbell le preguntó si era ministro del Austria ó magistrado de la república francesa. Cuando los tres directores recibian los pliegos de Bonaparte, querian que se rompiese inmediatamente la negociacion y volvieran á principiar las hostilidades; pero sin embargo, el estado de la república y el temor de dar armas á los enemigos del gobierno para que digesen que el nuevo directorio no haria nunca la paz, les decidieron á comtemporizar todavia, y escribieron á Bonaparte que era necesario colmar la medida de la paciencia y esperar á que la mala fé del Austria que dase probada evi-

dentemente y que cargase con toda la responsabilidad de las hostilidades.

No era tan complicada la cuestion relativa á las conferencias de Lille , sobre todo para la Francia , á quien todo se la devolvía ; mas por lo relativo á la España , que quedaba privada de la Trinidad , y para la Holanda , que perdía á Trinquemale , era mucho mas difícil de resolver. Carnot á quien su nueva situacion obligaba á opinar siempre en favor de la paz , votaba porque se admitiesen aquellas condiciones , á pesar de no ser generosas para nuestros aliados. Como no faltaban motivos de descontento con la Holanda y con los partidos que la dividian , aconsejaba él que se la abandonase á sí misma y no se mezclasen en sus cosas , cuyo consejo era tan poco generoso , como el de sacrificar sus colonias. Poro Rewbell volvió á acalorarse en aquella cuestion , porque siendo tan apasionado por los intereses de Francia , que llegaba hasta el grado de injusticia , queria que lejos de abandonar la Holanda se la hiciese poderosa y se formase de ella una provincia de la república , y sobre todo se oponia al artículo de que la Francia hubiese de renunciar para siempre á la posesion del cabo de Buena Esperanza. Por el contrario sostenia que aquella colonia y otras muchas debian venir á parar algun día á manos de la Francia en premio de nuestros servicios. Ya se echa de ver que

este defendia los intereses de nuestros aliados , mas bien por nosotros que por ellos ; pero Larveilliére , que por equidad tomaba en gran consideracion sus intereses , desechara las condiciones por otras razones muy distintas. Miraba como vergonzoso sacrificar á la España , despues de haberla metido en una guerra que en cierto modo la era estraña , y que se la obligase por premio de su alianza á sacrificar una colonia importante. Igualmente ignominioso le parecia sacrificar á la Holanda , despues de haberla arrastrado á la carrera de las revoluciones , y haberse encargado de su suerte , privándola ahora de sus mas ricas posesiones y entregándola á una furiosa anarquía. Efectivamente si la Francia la dejaba de su mano era imposible que no cayese en los mas funestos desórdenes , y asi decia Larveilliére que serian responsables de toda la sangre que corriera. Sin duda que era generosa aquella política , pero no muy bien calculada , porque se reducía la cuestion á saber si las pérdidas que hacian los aliados eran ó no superiores á las que podia causarles la continuacion de la guerra , como lo ha demostrado el porvenir. Pero entonces se creía que asi como la Francia habia triunfado en el continente , triunfaria tambien en los mares ; y como les pareció vergonzoso abandonar á nuestros aliados , se tomó un partido contrario , y se resolvió dirigirse á la

España y á la Holanda para averiguar sus intenciones. Debían estas declarar si querian la paz á costa de los sacrificios exigidos por la Inglaterra, y en caso de que prefiriesen la continuacion de la guerra, decir claramente qué fuerzas se proponian reunir para la defensa de nuestros comunes intereses, y entre tanto se escribió á Lille que no se podia responder hasta haber consultado á los aliados.

Todas estas disensiones acabaron de enemistar á unos directores con otros y ya se iba acercando el momento de la catástrofe, pues los dos partidos continuaban en su marcha y se irritaban cada dia mas. La comision de hacienda en el consejo de los Quinientos habia retocado sus providencias á fin de que las aprobase el de los Ancianos con algunas modificaciones que recaian particularmente sobre las disposiciones relativas á la tesoreria. Siempre se daba por supuesto en ellas que el directorio no habia de poder disponer de las negociaciones de los valores, y sin confirmar ni revocar la distincion entre los fondos ordinarios y extraordinarios se decidió que los gastos relativos al sueldo de los ejércitos habian de tener siempre la preferencia. Se prohibia para en adelante tomar anticipaciones pero no se revocaban las que hubiesen sido tomadas hasta el dia. Ultimamente volvian á reproducirse las nuevas disposiciones y a

indicadas sobre la venta de los bienes nacionales aunque con alguna modificacion importante, y consistian en que los decretos de los ministros y los pagarés de los proveedores se habian de recibir en pago de los bienes igualmente que los *bonos de las tres cuartas partes*. Modificadas de este modo las propuestas fueron aprobadas; y aunque algo menos subversivas que las anteriores en cuanto á los recursos del tesoro, siempre eran muy peligrosas. Quedaban abolidas todas las leyes penales contra los clérigos; y convertido su juramento en una simple declaracion por medio de la cual dijese los clérigos que se sometian á las leyes de la república. Todavía no se habia tratado acerca de las formas del culto ni del uso de las campanas, ni abierto las testamentarias en favor del estado sino en el de los parientes. Las familias que hasta entonces habian sido precisadas á pagar á la república la legítima patrimonial de un hijo ó de un pariente emigrado iban á recibir una indemnizacion en bienes nacionales; quedaba suspendida la venta de las casas presbiteriales ó habitaciones de los curas; y últimamente se habia votado en poquísimos dias la cuestion mas importante de todas que era la institucion de la guardia nacional con arreglo á las bases que ya dejamos referidas. Toda la composicion de la dicha guardia habia de hacerse por rigurosa eleccion, y esta era la me-

dida con que mas contaban Pichegrú y los suyos para el éxito de sus planes. Para ello habian hecho que se añadiese un artículo por el cual se mandaba que el trabajo de la organizacion habia de principiarse diez dias despues de la publicacion de la ley, pues les faltaba tiempo para ver reunida la guardia de Paris y con ella todos los insurgentes del mes de vendimiario.

El directorio por su parte bien convencido de la eminencia del peligro y suponiendo siempre que estaba pronta á estallar una conspiracion, habia tomado una actitud amenazadora. No era solo Augereau el que estaba en Paris, sino que con motivo de hallarse en inaccion los ejércitos, habia acudido á la capital una multitud de generales, entre los cuales se veia al gefe de estado mayor de Hoche, Cherin³, á los generales Lemoine y Humbert que mandaban las divisiones que habian venido sobre Paris; Kléber y Lefebvre que estaban con licencia y últimamente Bernadotte á quien Bonaparte habia enviado á traer las banderas que aun quedaban por presentar al directorio. Ademas de aquellos oficiales superiores andaban esparcidos por Paris oficiales de todo grado que estaban reformados desde que se redujeron los cuadros y aspiraban á entrar en actividad, todos los cuales se esplicaban con tono amenazador contra los consejos. Tambien habian acudido de las pro-

vincias muchos revolucionarios, como sucedia siempre que amenazaba algun movimiento, y sobre todo no podia ya dudarse cual era la direccion y destino de las tropas. Continuaban estas acantonadas en las inmediaciones de Reims y se decia que si únicamente vinieran para la espedicion de Irlanda, ya habrian continuado su marcha para Brest sin permanecer tanto en los departamentos inmediatos á Paris; que Hoche no se habria vuelto á su cuartel general, y últimamente que no se habria reunido tanta caballeria para una espedicion marítima. Ya dijimos como se habia encargado á una comision que informase de todos aquellos hechos, sobre los cuales no quiso dar el directorio mas que algunas esplicaciones vagas diciendo, que las tropas se habian puesto en camino para un destino lejano por orden del general Hoche, que la habia recibido del directorio, y que solo habia escedido el límite constitucional por error de un comisario de guerra. A esto respondian los consejos por boca de Pichegrú, que las tropas no se trasladaban de un ejército á otro por una simple orden de un general en gefe, sino por otras superiores; y que tampoco se recibian del directorio sino por conducto del ministro de la guerra; que el ministro Petiet no habia firmado semejante orden y por consecuencia el general Hoche habia procedido sin la debida autorizacion;

últimamente que si las tropas estuviesen destinadas para una expedicion lejana debian marchar inmediatamente, y no aglomerarse al rededor de Paris. Eran muy fundadas estas observaciones y el directorio sabia muy bien porque no respondia á ellas, de cuyas resultas decretaron los consejos que se trazase un círculo al rededor de Paris en el radio de 12 leguas y que se indicase por medio de unas columnas puestas en todos los caminos de la circunferencia cual era el límite constitucional, en cuyo caso los oficiales de las tropas que se escediesen de él serian considerados como culpables de alta traicion.

Mas no tardaron otros hechos en aumentar las inquietudes; pues Hoche habia reunido sus tropas en los departamentos del Norte al rededor de Sedan y de Reims á pocas etapas de Paris y encaminado otras nuevas con la misma direccion.

Aquellos movimientos unidos con las conversaciones que tenia los soldados, y la agitacion que reinaba en Paris, y las riñas de los oficiales reformados con los jóvenes que llevaban el traje de la juventud dorada, dieron motivo á Willot para hacer segunda denuncia. Subió á la tribuna y habló de cierta marcha de las tropas, del espíritu que reinaba en sus filas, y del furor de que estaban animadas contra los consejos, con cuyo motivo se esplicó agriamente contra las representacio-

nes de los ejércitos de Italia y contra la publicidad que las habia dado el directorio. En consecuencia solicitó que se encargase á los inspectores de la sala tomasen nuevas noticias y presentasen nuevo informe. Los diputados á quienes se daba este título tenian á su cargo la policia de los consejos, y de consiguiente estaban obligados á velar en su seguridad. Adoptóse la proposicion de Willot y á propuesta de la comision de inspectores se dirigieron el dia 4 de agosto, que corresponde al 17 del thermidor muchas preguntas bastante embarazosas al directorio. Se insistió de nuevo en la naturaleza de las órdenes en cuya virtud habia obrado el general Hoche, preguntando si podrian en fin esplicarse de donde procedian estas órdenes, y cuales eran los medios que se habian tomado para ejecutar el artículo constitucional que prohibia á las tropas el derecho de deliberar.

Resolvió el directorio replicar con un mensaje enérgico á las nuevas preguntas que se le dirigian, evitando esplicaciones que de ningun modo le convenia dar. Se encargó Larveilliére de redactar aquel mensaje, que no quisieron firmar Carnot ni Barthelemy mas no por eso dejó de presentarse el dia 10 de agosto. No contenia nada nuevo acerca del movimiento de las tropas, sino que se limitaba á decir que las divisiones habian venido hácia Paris por orden del general Hoche, á quien se las

habia dado el directorio, sin designar por medio de quien. En cuanto á las representaciones, decia el directorio que el sentido de la palabra *deliberar* era demasiado vago para que pudiera determinarse si los ejércitos habian cometido falta en hacerlas; que reconocia el peligro de que los ejércitos emitiesen su dictámen, y que por tanto iba á prohibir que se hiciesen otras de igual naturaleza; pero que antes de incriminar el paso que habian dado los soldados de la república era necesario remontar á las causas que le habian provocado, las cuales dependian de la inquietud general que habia alterado los ánimos de algunos meses á aquella parte; de la insuficiencia de las rentas públicas, que dejaba todos los ramos de la administracion en la situacion mas deplorable, estando muy frecuentemente privados de su sueldo aquellos que despues de tantos años estaban derramando su sangre y arruinando sus fuerzas por servir á la república; de las persecuciones y asesinatos egercidos contra los compradores de bienes nacionales, empleados públicos y defensores de la patria; de la impunidad del crimen y parcialidad de ciertos tribunales; de la insolencia de los emigrados y clérigos no juramentados, quienes llamados y favorecidos abiertamente acudian de todas partes, soplaban el fuego de la discordia é inspiraban el desprecio de las leyes; de aquella multitud de

diarios que inundaban los ejércitos y el interior y no predicaban mas que el retorno á la monarquía y la destruccion de la república; del mal disimulado y algunas veces espreso interes que se manifestaba por la gloria de la Inglaterra y del Austria; de los esfuerzos que se hacian para obscurecer la gloria de nuestros guerreros; de las calumnias esparcidas contra dos ilustres generales, que habian el uno en el Oeste y el otro en Italia reunido á sus inmortales hazañas el honor de la mas brillante conducta política; últimamente de los siniestros proyectos que anunciaban algunos hombres mas ó menos influyentes acerca de la suerte del estado. Añadia tambien el directorio, que tenia hecha la firme resolucion y fundada esperanza de salvar la Francia de los nuevos trastornos con que la amenazaban. Asi lejos de esplicar su conducta ni menos de escusarla, incriminaba el directorio á los consejos y manifestaba el proyecto de continuar la lucha y la esperanza de salir victorioso de ella. Aquel mensaje se tuvo por un verdadero manifiesto y causó la mayor sensacion, por lo cual inmediatamente nombraron los consejos una comision para que le examinase y respondiese.

Principiaban á asustarse los constitucionales de la situacion de las cosas, pues por una parte veian dispuesto al directorio á apoyarse en los ejércitos y

por otra á los Clichinos prontos á reunir la milicia del mes de vendimiario bajo pretesto de organizar la guardia nacional. Los que eran sinceramente republicanos preferian la victoria del directorio, aunque no quisieran que hubiese combate; y bien podian conocer ya cuan funesta habia sido su oposicion, que tanto habia asustado al directorio y dado tanto ánimo á los reactivos. No querian reconocer sus yerros, pero deploraban la situacion y culpaban de ella á sus adversarios segun su costumbre. Tambien los Clichinos que no estaban en el secreto de la contra-revolucion, ni tampoco la deseaban, sino que eran movidos por un ódio imprudente contra los excesos de la revolucion, principiaban á asustarse, y temian haber despertado todas las tendencias revolucionarias del directorio, por lo cual se iba entibiando mucho su ardor. Los Clichinos que eran del todo realistas, estaban impacientes por obrar y temian ser prevenidos, y así andaban al rededor de Pichegrú instándole vivamente; pero éste con su acostumbrada flema no hacia mas que prometer siempre mucho á los agentes del pretendiente y contemporar. La verdad es que no tenia realmente ningun medio efectivo, porque algunos emigrados y Chuanes que habia en Paris no eran fuerza suficiente, y hasta que él tuviese en su mano la guardia nacional no podia empre-

der ninguna tentativa seria. Como frio y prudente que era, juzgaba bien de la situacion, y respondia á todas las instancias que era necesario esperar. Cuando le decian que el directorio iba á dar el golpe contestaba que no se atreveria, y en efecto estaba persuadido de ello, y como por otra parte él no tenia recursos suficientes, estaba haciendo gran papel y cobrando mucho dinero, era natural que no tuviese gran prisa en obrar.

En aquella situacion de cosas los hombres prudentes deseaban con sinceridad que se evitara una lucha, mas ántes querian que se intentase alguna conciliacion entre los constitucionales y clichinos moderados con el directorio, dando á este la mayoría que habia perdido y dispensándole de recurrir á medios violentos para salvarse. Mma. de Staël estaba en situacion no solo de desear sino de intentar semejante reconciliacion, porque era el centro de aquella sociedad ilustrada y brillante, que sin dejar de conocer que el gobierno y sus gefes eran un poco vulgares, amaba la república y se interesaba por ella. Gustaba Mma. Staël de aquel género de gobierno como de una bella lid para el entendimiento humano, y ya que habia conseguido colocar en un puesto eminente á uno de sus amigos, esperaba colocarlos á todos y venir á ser su ninfa Egeria. Bien conocia los peligros á que estaba espuesto aquel orden de cosas que tan-